

Las silvas americanas de Bello

Escribe: CARLOS ARTURO CAPARROSO

Los versos iniciales de la *Alocución a la poesía* (Fragmentos de un poema titulado *América*) traen explícito el programa de americanismo poético de Bello:

*Divina Poesía,
tú de la soledad habitadora,
a consultar tus cantos enseñada
con el silencio de la selva umbría,
tú a quien la verde gruta fue morada,
y el eco de los montes compañía:
tiempo es que dejes ya la culta Europa,
que tu nativa rustiquez desama,
y dirijas el vuelo a donde te abre
el mundo de Colón su grande escena.*

Es la invitación a la nueva concepción poética que Bello quiere poner en vigencia. Luego, en los versos siguientes de la larga silva, muestra y planea el prospecto literario que le ha constituido en el libertador intelectual de América. Primero, la presentación del paisaje con toda su esplendorosa variedad y opulenta riqueza, del paisaje americano primera vez tratado no solo descriptivamente, sino en función de un elevado destino histórico. Lo que, con lujo de detalles, desarrollará en *La agricultura de la zona tórrida*. Después, la lista de las ciudades del continente hispano, con la fúlgida aureola y la corona del martirio que les ciñó la magna epopeya. Finalmente, la relación de los próceres, de los héroes de la libertad, para rematar magníficamente el canto con la exaltación del Libertador:

*¿Si audaz cantare al que la helada cima
superó de los Andes, y de Chile
despedazó los hierros, y de Lima?
.....
¿O al que de Cartagena el gran baluarte
hizo que de Colombia otra vez fuera?
¿O al que en funciones mil pavor y espanto
puso, con su marcial legión llanera,
al español; y a Marte lo pusiera?*

¿O al héroe ilustre, que de lauro tanto
 su frente adorna, antes de tiempo cana,
 que en Cúcuta domó, y en San Mateo,
 y en el Araure la soberbia hispana;
 a quien los campos que el Arauca riega
 nombre darán, que para siempre dure,
 y los que el Cauca, y los que el ancho Apure;
 que en Gámeza triunfó, y en Carabobo,
 y en Boyacá, donde un imperio entero
 fue arrebatado al despotismo ibero?
 Mas no a mi débil voz la larga suma
 de sus victorias numerar compete:
 a ingenio más feliz, más docta pluma,
 su grata patria encargo tal comete:
 pues como aquel samán que siglos cuenta,
 de las vecinas gentes venerado,
 que vio en torno a su basa corpulenta
 el bosque muchas veces renovado,
 y vasto espacio cubre con la hojosa
 copa, de mil inviernos victoriosa;
 así tu gloria al cielo se sublima,
 libertador del pueblo colombiano;
 digna de que la lleven dulce rima
 y culta historia al tiempo más lejano.

Levantados y nobles pensamientos resplandecen en la *Alocución a la poesía*. Se multiplican, como no podía ser de otra manera en tan eminente experto del idioma, las perfecciones formales. Sin embargo, son notorias las caídas en el prosaísmo y algunos versos flojos irrumpen desapaciblemente en el conjunto. Cierta prolijidad de no pocos pasajes, especialmente en la enumeración de ciudades y próceres, que hubiera podido ser trabajada con mejor concentración, conduce a lo desmayado y a la falta de energía, a la acumulación inoperante. Particularmente si se tiene en cuenta aquello que ya observaba Caro en su estudio sobre Olmedo: "En el género lírico heroico Bello es infinitamente inferior a Olmedo. Cuando Bello intentaba cantar las armas, Apolo debía de tirarle de la oreja".

En tales casos, es evidente que andaba por bajo de su probado patriotismo, la ejecución poética de Bello, cantor poco afortunado de empresas guerreras. Y de guerras y de adalides guerreros trata en su mayor extensión la *Alocución a la poesía*.

De su probado patriotismo, incuestionablemente. Porque nada más inexacto y aventurado que la acusación que de su ausencia en Bello se ha afirmado o insinuado. Ni siquiera el aserto de Menéndez y Pelayo cuando dijo que hacía "el patriota por fuerza". Patriota lo fue Bello por sus actos como por las manifestaciones que de tal dejó consignadas en innumerables pasajes de sus escritos. Solo que, habida cuenta de su temperamento, Bello se vertía en su comportamiento externo sin excesos, desnudo de posturas detonantes o efusiones dramáticas. En el verso su inspiración templada y austera distaba mucho de la heroica efervescencia de otros

notables cantores de la patria y de las gentes castrenses. Lo que de forma elocuente se patentiza en su magistral silva *La agricultura de la zona tórrida*, poema fundamentalmente civil en su esencia y en su realización.

Las muestras de pintura de naturaleza americana de la *Alocución a la poesía* contienen ya los gérmenes de los cuadros definitivos de *La agricultura de la zona tórrida*. De suerte que esta no viene a ser otra cosa que el amplio desarrollo de aquella. Más exactamente, la ilustración feliz del mensaje poético propuesto en la *Alocución a la poesía*.

Quedó registrado anteriormente, cómo desde edad temprana sintió Bello poderosamente el hechizo de la naturaleza. Tanto desde el punto de vista científico como del literario. La geografía fue de los primeros estudios en que se ocupó. La lección de Humboldt cayó en su inteligencia con la fuerza de los más seductores estímulos. Virgilio, desde la música de sus hexámetros, le enseñó a amar el agro con pasión. ¡Y cuántas emociones no despertaron en su espíritu de niño y de adolescente los contactos frecuentes que con los paisajes rurales de los alrededores de Caracas mantuvo! De que son testimonio algunos párrafos del *Resumen de la historia de Venezuela* y sus romances *El Anauco* y *A un samán*.

La distancia y los años, en vez de debilitar su devoción por la naturaleza, no hicieron sino acrecerla. En Londres la acendra en la nostalgia. Y entonces la entrega al arte y la inmortaliza en la magia del verso, en la más regia de las sublimaciones. Así surge esa joya de la lírica castellana en donde lo estético y lo científico se combinan de manera tan equilibrada y sugestiva, en moldes de la más pura y elegante y rica dicción, como para que quedasen integrados en paradigma ejemplar el sentir del poeta y el pensamiento del sabio.

“Poema descriptivo y moral a un tiempo”, como lo clasifica Caro, y más exactamente Caldera cuando considera que “no es tan solo un monumento literario, sino también un documento social”.

Bello nos ofrece una descripción es cierto, pero una descripción personalísima en grado eminente, impregnada de sus propias e íntimas vivencias, y orientada hacia metas didácticas tan caras a él, sustentáculo del programa de proyecciones políticas y sociales que, con vista a las gentes de América, quiso elaborar lateralmente a las pinceladas de la fecunda zona”:

*¡Oh jóvenes naciones, que ceñida
alzais sobre el atónito occidente
de tempranos laureles la cabeza!,
honrad el campo, honrad la simple vida
del labrador, y su frugal llaneza.
Así tendrán en vos perpetuamente
la libertad morada,
y freno la ambición, y la ley templo.
Las gentes a la senda
de la inmortalidad, ardua y fragosa,
se animarán, citando vuestro ejemplo.*

Si en la primera silva la invocación está dirigida a la poesía, a las musas, en *La agricultura de la zona tórrida*, consecuente con el programa que ha concebido, en aplicación concreta de su plan poético, Bello dispara desde el verso inicial, en concisa y rotunda vocación, el asunto del canto:

*¡Salve, fecunda zona,
que al sol enamorado circunscribes
el vago curso, y cuanto ser se anima
en cada vario clima,
acariciada de su luz, concibes!*

Viene en seguida lo que se ha llamado el descubrimiento poético de América, el bellísimo inventario, en versos flúidos y armoniosos, con símiles y epítetos de un extraordinario valor pictórico, con escogidas rimas y castiza construcción, de las plantas y frutos del trópico, tocados los de la comarca natal con la varita mágica de las más emocionadas reminiscencias, en una mezcla de firmes contornos clasicistas y de delicadas matizaciones románticas en un lírico ya penetrado de romanticismo. De aquí, lo que de influencia de la concepción romántica de la naturaleza puede identificarse en Bello.

Y en este revelar el paisaje de América, como asimilación muy propia, y como ejemplo propuesto a la imitación, reside la novedad, y su valor de descubrimiento literario, del experimento de Andrés Bello, aisladamente insinuado por José María de Heredia, pero convertido en teoría y llevado a la más lograda práctica en el texto de *La agricultura de la zona tórrida*. Después lo glosará en el pasaje que antes cité de su juicio sobre el poeta cubano, al referirse a “aquella naturaleza majestuosa del ecuador, tan digna de ser contemplada, estudiada y cantada”.

Ilustres antecesores en la descripción de la naturaleza americana había tenido Bello, sin duda. Pero descripción meramente objetiva, casi siempre retórica, sencillamente enumerativa, destituída de subjetividad y de intención. En esa línea, describieron Ercilla, en *La araucana*; Pedro de Oña, en el *Arauco domado*; Juan de Castellanos, en las *Elegías de varones ilustres de Indias*; Bernardo de Balbuena, en su *Grandeza mexicana*; Rafael Landívar, en *Rusticatio mexicana*; Manuel José Lavardén, en su *Oda al Paraná*; Manuel Justo de Rubalcava, en *Las frutas de Cuba*, etc.

Cumplido el propósito de la pintura del escenario, viene en la silva la parte correspondiente a la meditación de índole moral, de clara ascendencia clásica. De aquí, hasta el final, adopta el poeta un tono discursivo, en verso —como anota Pedro Henríquez Ureña— “más elocuente que poético, al menos para la sensibilidad de nuestros días”.

Es el resultado de una larga tradición recogida por Bello, y que le viene desde la antigüedad. De Virgilio y Horacio, de los poetas pastoriles del Renacimiento, de fray Luis de León y más cercanamente, de Delille y Chénier.

La ciudad debilita. Predispone a la molicie y es hervidero funesto de toda clase de vicios. Enloquece a los hombres, les ciega con sus vanos

oropeles, les ensordece con su estrépito, les anula la voluntad. El campo, en cambio, temple el carácter, fortalece las virtudes, abre las fuentes del trabajo. Libera económicamente. Pone dique a las agitaciones políticas. Construye la riqueza de las naciones. Para los hispanoamericanos es el futuro promisorio. Y alejadas ya las guerras —en momentos en que podían darse por terminadas las de Independencia— hará florecer largamente los beneficios de la paz:

*Ciudadano el soldado,
deponga de la guerra la librea,
el ramo de victoria
colgado al ara de la patria sea,
y sola adorne al mérito la gloria.
De su triunfo entonces, patria mía,
verá la paz el suspirado día;
la paz, a cuya vista el mundo llena
alma serenidad y regocijo:
vuelve alentado el hombre a la faena,
alza el ancla la nave, a las amigas
auras encomendándose animosa,
enjámbrase el taller, hierve el cortijo,
y no basta la hoz a las espigas.*

Consecuente con sus ideales pacifistas ve el poeta la hora de la reconciliación con España, y pide al ibero alargar su diestra “al injuriado hermano”, para que así termine definitivamente aquella que para Bello no fue más que una pura contienda civil, en su concepción de la lucha por la emancipación. Más tarde, desde Chile, verá complacido el anhelado reconocimiento de las nuevas repúblicas por la metrópoli. “Y el que observe —dirá acorde con aquella concepción— con ojos filosóficos la historia de nuestra lucha con la metrópoli, reconocerá sin dificultad que lo que nos ha hecho prevalecer en ella es cabalmente el elemento ibérico. La nativa constancia española se ha estrellado contra sí misma en la ingénita constancia de los hijos de España. El instinto de patria reveló su existencia a los pechos americanos y reprodujo los prodigios de Numancia y Zaragoza. Los capitanes y las legiones veteranas de la Iberia trasatlántica fueron vencidos y humillados por los caudillos y los ejércitos improvisados de otra Iberia joven, que, abjurando el nombre, conservaba el aliento indomable de la antigua defensa de sus hogares”.